

# Las formas del tiempo: percepciones desde lo urbano y lo rural

Víctor Hugo Gaytán Martínez\*



En este presente, que parece que se nos escapa entre los brazos, ya no nos preguntamos si existe el tiempo, porque se vive a costa de él. El tiempo es la medida de todo y a veces llega a ser tan insuficiente que se busca alargarlo, estirarlo. El tiempo es abrumador: hay que desprendernos de su acecho patológico.

En esta reflexión distingo formas de vivir el tiempo entre la vida urbana “civilizada” y, por comparación e intuición, la vida rural. No se asume que todas las vidas urbanas y rurales se vivan igual, pero se supone que, en cuanto al tiempo, el trato en uno y otro espacio difiere por la atención que se le pone y la forma en que se utiliza en la vida cotidiana. A su vez, se piensa que la vida se ha configurado a su alrededor y el espacio está relegado. Marcada en

horas y días, la multidimensionalidad de la vida natural y social, que hasta el momento conocíamos de mejor forma, es desbancada.

## Tiempo y civilización

¿Qué sería el mundo sin la capacidad intelectual humana? La asunción no es tanto a la paradójica capacidad de destruir el mundo, sino a la de entenderlo y vivirlo. Esta mínima diferencia frente a los otros animales nos ha puesto, en diferentes escalas, como superiores. Mirada antropocéntrica. Más allá de la autocrítica merecida en el mundo natural, veamos qué observaciones nos corresponden en el mundo de lo social. Pues bien, nuestro motivo es el tiempo en el proceso “civilizatorio”, una invención para algunos demasiado necesaria y para otros demasiado artificial e inexacta, imprecisa, indefinible.

En primer lugar, “la determinación del tiempo radica en la facultad

Fecha de  
recepción:  
2021-11-25  
Fecha de  
aceptación:  
2022-02-09



\* Doctorante en Ciencias Sociales, UACJ.

humana de vincular entre sí dos o más secuencias distintas de transformaciones continuas, de las cuales una sirve de unidad de medida temporal para las otras”<sup>1</sup> El tiempo es un instrumento utilizado como unidad de medida para ubicarse en continuidades. Es la puesta en uso de la memoria y la retención de las vivencias, más la capacidad de comparación de cambios y sucesos.

Un ejemplo clave para determinar el tiempo es el uso de la naturaleza astronómica para ubicarse en el terreno de lo mundano. Así, el paso del día a la noche es la unidad de medida temporal por consenso casi universal de fragmentación en lo que ahora conocemos como segundos, minutos, horas, días y años. Estas últimas categorías son ya las abstracciones equivalentes de la capacidad humana para ubicarse en las continuidades, algo que tomó miles de años.

En segundo lugar, nos encontramos con el uso peculiar del tiempo. Justamente, un punto de partida propuesto es: “¿por qué los hombres necesitan la determinación del tiempo?”<sup>2</sup> El tiempo regula la conducta y la sensibilidad humanas. Es una forma de orientación (como lo son los puntos cardinales) multidimensional y, por tanto, no lineal. La no linealidad se refiere a las condiciones no previstas, determinadas por los acontecimientos del pasado y el presente, que dan con un futuro no predecible por los azares del propio mundo y de las relaciones humanas.

Con el sentido del tiempo se crean estructuras de personalidad que diferencian a grupos o sociedades entre sí. El tiempo nos coacciona. Esta observación, vista desde el concepto de civilización, se entiende como el “cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos y, con ello, también, de sus experiencias”<sup>3</sup>

En espacios rurales, donde el uso de los relojes y los teléfonos celulares hoy no es menos extraño, hubo el uso, ya con la capacidad de abstracción con la que no se contaba antes de las “civilizaciones”, del día y la noche como unidad de medida de los cambios en la comunidad. El uso del tiempo en tales comunidades, antes de la invasión de la tecnología celular, tomaba al amanecer y anochecer como determinaciones de las actividades productivas, y se escuchaban, y todavía se escuchan, expresiones que no eran por ello falsas, como “trabajar de sol a sol”. Esta expresión evidencia la forma en que las actividades rurales se manejan con el apuro no de un reloj, sino con la salida y puesta del sol. Pero ¿por qué es relevante este asunto? Dado que el “trabajo de campo” no se basa en el uso de la luz artificial, sino en la luz solar, sus actividades se limitan a una dinámica menos artificial y más natural.

Con referencia a la actualidad, lo anterior no es muy diferente de ver pa-

<sup>1</sup> Norbert Elias, *Sobre el tiempo*. FCE, Madrid, 1989, pp. 83-84.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>3</sup> Norbert Elias, *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. FCE, Madrid, 1987, p. 11.



sear por las inmediaciones del pueblo, (no) muy temprano, al vecino no tan próximo, pero conocido, saludándole. ¿Hay confianza o desconfianza? Es probable que las redes en espacios pequeños sean más sólidas, y en verdad sus miembros confíen más entre ellos. Pero esta solidez requiere también del manejo del tiempo: del acercamiento al otro, al pasar el día, en la tarde-noche en reuniones a orilla de la calle, y de conversaciones nocturnas en las tiendas o espacios comunes.

Juega, sin embargo, un rol diferente la urbanidad. Aunque podamos escuchar la frase “trabajar de sol a sol” en tal espacio, el manejo del tiempo no es, justamente, por medio de la luz solar. Es necesaria la luz artificial. El trabajo se controla por horas, semanas, quincenas y meses; no depende del astro Sol, sino de la disponibilidad de empleos; asimismo, es posible que esos que trabajan de sol a sol no vean en algún momento el sol. Un compañero universitario me contaba que cuando trabajó en una maquiladora de Ciudad Juárez escuchó a uno de los dueños decir, al salir temprano del trabajo: “hace tiempo que no veo la luz del sol”. Lo que sucedía era que esta persona estaba en su trabajo antes de que saliera el sol y hasta después de que se ocultara.

Esta es la vida común urbana. En la ciudad, los espacios se tornan reducidos (al menos, que no son los menos, para los desfavorecidos social y económicamente) y la vida se exige más

rápida: andar “de allá para acá”, cruzar la ciudad y enfrentar filas de automóviles y su ruido. Según Bauman, la liquidez en la urbanidad es más visible. Tiene que haber mucho espacio para la memoria, porque las acciones, incluso acontecimientos relevantes, rápidamente son sustituidas unas por otras.<sup>4</sup>

Los acontecimientos de pasado, presente y futuro pueden tener significaciones diferentes. Es posible que en los espacios rurales el presente sea más largo, que el pasado sea más acogedor y que el futuro no sea esperado sino descubierto. Por el contrario, la urbanidad posee presentes más cortos y fluidos y, asimismo, débiles, mientras el porvenir se asume con mayor poder. El pasado, por su parte, se olvida y desmemoriza y los acontecimientos se superan de una generación a otra. En pocas cabezas se concentra la historia, como no sucede en comunidades pequeñas donde un mismo pasado puede estar casi en todas las cabezas.

En la urbanidad, los tiempos se dividen. La división del trabajo y la flexibilización de los horarios escolares se ofuscan en sus buenas intenciones por las repercusiones de descolectivización e individualización. Los trabajadores se preocupan por conservar el empleo a pesar de los otros, en tanto que los estudiantes interactúan de vez en cuando, suceso hasta hoy exacerbado por la pandemia de COVID-19.



<sup>4</sup> Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*. FCE, Buenos Aires, 2004.




Martha Legarreta. La ofrenda, 2013.

## Conclusión

El presente civilizado es heterogéneo. Perviven costumbres que no forman parte del tiempo de la civilización de las personas urbanas. En el tiempo civilizado, las personas rurales pueden estar viviendo tiempos atrasados. Perspectiva de la modernidad. Personas del tiempo presente urbanizado son, con posibilidad y trágicamente, muertos vivientes. Aterrorizados por la fragilidad de los aconteceres, recurren a otros elementos de salvación: la fotografía, la escritura y otras artes que, banalizadas, pueden estar alimentando solo el ego temporal.

En este espacio no pretendimos más que diferenciar cómo es que con-

vergen esas dos formas de vida separadas por la geografía a través del tiempo, una determinación definida por la facultad humana para vivirse orientado hacia el porvenir en el recorrido traslacional y rotacional de la Tierra, así como en la experiencia de recordar, de memorizar y de esperanzarse.

En tanto lo anterior, el recuerdo se acerca hacia la comparación y la capacidad de abstracción del ser humano para orientarse en los aconteceres, las transformaciones y sus continuidades. Pero, entonces, “¿Qué pensaría usted de un pueblo que no posee una palabra para el «tiempo»?”<sup>5</sup> 

<sup>5</sup> Norbert Elias, *El proceso...*, p. 153.